

para ser luego ajusticiada en una mañana de primavera del 26... Juana Seymours, la única que murió siendo reina... Ana de Cleves, luterana, feucha y divorciada también, para evitar otro final peor... Y la Howard, otra Catalina, hermosura espléndida acusada de infidelidad como la Bolena, y cuya cabeza había caído, trinchada por la mano del verdugo en el mismo patio de la Torre fatídica.

¡No! Catalina Parr no quería ser la sexta víctima, vergonzante o cruenta. Y olvidando por un momento la rectitud de toda su vida, había respondido al Tudor: «¡Quisiera ser mejor vuestra amante que vuestra esposa!»

Accedió al fin. Pero los enemigos de la nueva reina la envuelven en acusaciones, ahora de índole religiosa: no creía en los dictados del jefe supremo del anglicanismo. ¿Firmaría Enrique una nueva sentencia de muerte? Firma primero, en efecto, y después se arrepiente. Su cabeza desvaría en una locura voluble, con breves destellos de lucidez. En la prolongada enfermedad del rey, que ya es terrible agonía, Catalina Parr encuentra su salvación.

Porque al amanecer de este 28 de enero, Enrique VIII deja de existir. Un buen rey, desde el punto de vista inglés, sin su política religiosa, sin sus crueldades y sin aquella insana pasión por las mujeres, de las que, como dice Wyndham Lewis, tenía que ser forzosamente víctima.

Un mal rey, por consecuencia.



## NACE DON IUAN DE AUSTRIA

*E* N el extremo occidental de la llanura de Dunga y en el punto más septentrional alcanzado por el curso del Danubio, al cual afluyen precisamente aquí y por su margen izquierda dos riachuelos insignificantes: el Naab y el Regen, se asienta Ratisbona (Regensburg), ciudad que surgió a la derecha del río como puente hacia Bohemia y el Alto Palatinado. Las torres de sus magníficas iglesias y los agudos pináculos de su catedral gótica se reflejan en las azules aguas danubianas.

...Y en una casa acomodada de esta tranquila ciudad del Imperio, la belleza blanca y rubia de Bárbara Blombergh, la alemana de humilde condición y voz musical, se marchita con palideces prematurnales. Al fin, en este día de febrero de 1547, Bárbara ha salido felizmente de su cuidado. Es un niño rubio y bonito. Y tiene los ojos azules, muy azules: ¡como su padre!

La casta viudedad del César Carlos V, tuvo este único y venturoso paréntesis. Su fiel mayordomo, Luis de Quijada, se hace cargo de la criatura para guardar discretamente, hasta el momento oportuno, aquel secreto de su amo y señor, Emperador y Rey.

Al niño se le bautiza con el nombre de Jerónimo. Sin apellidos. ¿Para qué? Ya llegaría, con el tiempo, la ocasión de ostentar el más egregio de todos: el de Austria, que lleva su progenitor y domine del mundo.

El buen Quijada, contemplando la cabecita blanca del infantin, piensa